



PROJECT MUSE®

Nómadas, desempleados y suicidas: racionalidad neoliberal y subjetividades
alternas en la literatura centroamericana de posguerra

Christian Kroll-Bryce

Revista de Estudios Hispánicos, Tomo 50, Número 3, Octubre 2016, pp. 605-627
(Article)

Published by Washington University in St. Louis

DOI: <https://doi.org/10.1353/rvs.2016.0045>



➔ *For additional information about this article*

<https://muse.jhu.edu/article/638396>

Nómadas, desempleados y suicidas: racionalidad neoliberal y subjetividades alternas en la literatura centroamericana de posguerra

In this article, I argue that Central American postwar literature—rather than expressing cynicism, affliction or disenchantment as some critics have argued—reveals, questions, and resists the shift in the locus of sovereign power from the political to the economic sphere, which is the result of the consolidation of neoliberalism as the governing rationality and the ensuing economization of all domains of life. Given this context, I claim that the parameters of inclusion and exclusion no longer stem from ideological or political affinities, as was the case during the revolutionary decades, but depend instead on the ability and willingness of the subject to (1) compete and participate in the free market as producer, worker, and/or consumer; and (2) internalize the alleged moral and ethical precepts by means of which neoliberal rationality constructs both the subject and life in common. I therefore argue that the prominent presence in this literary production of subjectivities such as the nomad, the unemployed and the suicide—subjectivities that in one way or another manage to escape neoliberal logic and morality—is not only symptomatic of this change in the locus of sovereignty and the construction of the subject, but also politically critical of it. What is at stake in this literary production is no longer the re-signification of the past, but rather the articulation of the present itself and a different future in which the subject is no longer conceived of and constructed as a mere homo oeconomicus.

.....

Pasaron los años del desencanto, ahora importa atender las cosas urgentes: como aprender a convivir. Convivir con lo extraño, con lo inconcluso, con eso que jamás resulta. ¿Para qué darle vueltas y vueltas a lo mismo y no asumir las contradicciones como una ventaja sobre el orden, sobre lo racional de la vida?

—Javier Payeras, *Limbo* (45)

Hace poco más de veinte años, el escritor centroamericano Horacio Castellanos Moya señalaba en *Recuento de incertidumbres* que “una función básica del intelectual es la crítica del poder” (57), agregando que, durante las guerras civiles en Centroamérica, la existencia de dos poderes confrontados limitó el ejercicio de esta función dejando “el alineamiento [militante], el silencio o el exilio” como las únicas posibles opciones (58). Debido a ello, sugería Castellanos Moya, el intelectual o escritor no pudo ser durante estas décadas “un generador de ideas cuestionadoras del poder, incluido el poder de la institucionalidad a la que pertenece” (59). Veinte años después, y en un contexto de relativa estabilidad política, mas no económica o social, cabe replantearse en qué consiste esa crítica del poder en Centroamérica que Castellanos Moya considera función básica del intelectual y el escritor. En otras palabras, ¿cuál es, hoy en día, ese poder y esa institucionalidad que el intelectual-escritor debiera cuestionar en Centroamérica? ¿Quién o qué debe ser objeto de esas ideas cuestionadoras del poder?

Vista desde el conflicto armado mismo—es decir, como aún determinada por los procesos revolucionarios y el fracaso de las utopías y la izquierda misma—la literatura de posguerra en Centroamérica quizás se preste a seguir siendo leída en clave de cinismo, aflicción, desencanto y/o desinterés por lo político, como lo han propuesto algunos críticos que discutiré en breve. En este ensayo, sin embargo, argumentaré que al menos cierta literatura de posguerra retoma la crítica y el cuestionamiento del poder a la que alude Castellanos Moya pero sin enfocarse ya en los aspectos político-ideológicos, como durante los procesos revolucionarios y las guerras civiles. Más bien, lo crítico de esta literatura está relacionado con lo que hoy por hoy determina, por encima de otros factores, cómo se produce, organiza, articula y reproduce el poder y la vida en común. Me refiero, principalmente, al desplazamiento del locus del poder soberano de la esfera política a la económica como consecuencia de la consolidación hegemónica de la racionalidad neoliberal y la consecuente economización de todas las esferas de la vida. Es esta racionalidad la que pareciera en la actualidad definir más que nada los parámetros de inclusión y exclusión, ya no en función de afinidades políticas o ideológicas, sino más bien a partir de la capacidad y disposición del sujeto de competir y participar en el libre mercado como productor, trabajador y/o consumidor, así como de internalizar los supuestos preceptos morales y éticos con que la racionalidad neoliberal estructura y construye al sujeto y su entorno.

En este contexto, argumentaré que cierta literatura de posguerra en Centroamérica está habitada por subjetividades tales como el nómada, el desempleado y el suicida que revelan, cuestionan y critican este desplazamiento en el locus del poder soberano y la forma en la que éste se articula¹. Dado su constante movimiento sin fin aparente, su posición precaria o marginal respecto al libre mercado, o la renuncia a la vida misma, estas subjetividades pueden ser conceptualizadas como si existieran más allá de la racionalidad neoliberal e incluso de la relación soberana misma, ya que se resisten a ser cooptadas por el mercado e incorporadas al proceso de competencia, producción, intercambio y consumo que nos construye como sujetos. Más aún, a diferencia de los proyectos literarios o políticos de décadas anteriores que perseguían un fin claro o concreto (la revolución, por ejemplo), estas novelas y las subjetividades que las habitan carecen tanto de un *telos* como de programas trazados de antemano, lo que a su vez sugiere un proceso de renovación cultural e intelectual que vuelve a la crítica del poder pero partiendo del reconocimiento que el origen y legitimización de ese poder ya no es el mismo que antes. Lo que está realmente en juego en cierta literatura de posguerra en Centroamérica no es pues ya la reelaboración o resignificación del pasado, incluso si éste sigue siendo presente y doliente, sino más bien la articulación del presente mismo y de un futuro aún inteligible y por ello parcialmente impensable.

En lo que sigue discutiré primero los análisis de algunos críticos que leen la literatura centroamericana de posguerra en clave de aflicción, desencanto y/o cinismo. Argumentaré que sus análisis giran en torno a estos conceptos porque leen dicha literatura desde los parámetros político-ideológicos de la guerra misma y sin tomar en cuenta en toda su dimensión cómo lo político, la relación soberana y el proceso de subjetivación han sido radicalmente reconceptualizados y rearticulados en las décadas posteriores a las luchas revolucionarias por el surgimiento y consolidación del neoliberalismo como la racionalidad política hegemónica. Esta discusión me permitirá, como siguiente paso, delinear en qué consiste aquella racionalidad neoliberal y los cambios que conlleva tanto en las esferas políticas y económicas como en la construcción de la subjetividad. Desde tal perspectiva, analizaré finalmente cómo las subjetividades que dan título a este artículo revelan, cuestionan y critican la nueva configuración de lo político-económico. Para ello discutiré las novelas *Baile con serpientes*, de Horacio Castellanos Moya, y *Trece*, de

Rafael Menjívar Ochoa—novelas que también analizan algunos de los críticos que discutiré en breve—así como tres novelas cortas de Javier Payeras.

Aflicción, desencanto y cinismo

En *Estética del cinismo: Pasión y desencanto en la literatura centroamericana de posguerra*, Beatriz Cortez sostiene acertadamente que la producción literaria centroamericana de posguerra, a diferencia de aquella escrita en las décadas anteriores, “ya no expresa esperanza ni fe en los proyectos revolucionarios utópicos e idealistas que circularon en toda Centroamérica durante la mayor parte de la segunda mitad del siglo XX” (25). Cortez propone como eje significador de esta literatura lo que bautiza como una estética del cinismo, la cual conlleva “la formación de una subjetividad precaria en medio de una sensibilidad de posguerra colmada de desencanto: se trata de una subjetividad construida como subalterna *a priori*, una subjetividad que depende del reconocimiento de otros” (25). La estética del cinismo, sin embargo, es para Cortez un proyecto fallido, pues “el sujeto se representa como libre cuando es más sumiso: cuando cumple con las normas sociales y cuando disfruta de la aprobación de las autoridades sociales y de la opinión pública” (35).

Cortez pareciera sugerir que la estética del cinismo presente en la narrativa de posguerra es una especie de sustituto melancólico por aquello que se perdió: la militancia, el compromiso político, la colectividad y la esperanza en la posibilidad de un cambio radical. No pongo en duda que las novelas analizadas por Cortez puedan ser leídas en clave de desencanto o, incluso, de nostalgia por aquello que pudo haber sido pero no fue. No dudo, tampoco, que se pueda hablar de cierto cinismo en al menos parte de la narrativa de posguerra centroamericana. Vista desde el (supuesto) fin de las utopías, la derrota militar e ideológica de la guerrilla, los Acuerdos de Paz y el posterior reacomodo de los altos mandos que pelearon la guerra en el entramado político del Estado; es decir, vista desde la perspectiva y el legado de la guerra misma se puede definitivamente hablar de cierto desencanto. Lo que me parece problemático del análisis de Cortez, sin embargo, no es sólo el uso superficial que hace del concepto de cinismo, sino el hecho de que lee la producción cultural de posguerra desde los parámetros político-ideológicos de

la guerra misma, minimizando o ignorando del todo las consecuencias del cambio en el locus del poder soberano, y por ende de lo político, acaecido desde el final de las guerras civiles².

Algo similar sucede en la introducción de Edgar Montiel a *El futuro empezó ayer: apuestas por las nuevas escrituras de Guatemala*. Montiel reconoce que “en la inmediata posguerra se da una ruptura de la evolución literaria que se venía produciendo”, y sugiere que en ésta “hay más desencanto que canto” (8, 9). La literatura de posguerra, añade Montiel, ha superado ya la labor testimonial y de denuncia de la injusticia social para asumir como propia una escritura de lo íntimo que privilegia el espacio urbano y la incertidumbre por un futuro poco promisorio. Dados estos rasgos, Montiel concluye que la literatura de posguerra “es la caligrafía de un nuevo imaginario urbano que adhiere a una *estética de la aflicción*, una escritura de la impaciencia, la evasión y el caos, buscando hacer legibles los tatuajes en la cara violenta de la sociedad” (9).

Hay mucho de cierto en las observaciones de Montiel, sobre todo en lo relacionado con el carácter urbano, íntimo e incierto de la literatura de posguerra que analiza. Pero su argumento sobre esta literatura bien podría referirse a la producida durante la guerra, ya que ésta también puede ser descrita como una estética de la aflicción (por la injusticia social), de la impaciencia (por el cambio revolucionario), de la evasión (de las capas medias y altas de la sociedad) y del caos (de la guerra misma). Más aún, la literatura producida durante la guerra también buscaba “hacer legibles los tatuajes en la cara violenta de la sociedad” y, en su apuesta por un futuro utópico y por ende también conceptualizable como incierto, podría asimismo ser analizada como llena de personajes que hacen de la incertidumbre misma su motor de vida.

Sergio Villalobos-Ruminott, por su parte, sostiene en “Literatura y destrucción: aproximación a la narrativa centroamericana actual” que esta narrativa no puede ya ser leída de manera tradicional como “confirmación del pacto social republicano . . . ni menos como vehículo de radicalización en el contexto de las luchas por la liberación nacional” (133). Por ello, Villalobos-Ruminott argumenta, con razón, que la narrativa centroamericana actual no puede ser “ni militante ni testimonial” (135), ya que lo que intenta expresar es más bien “la imposible relación entre el dolor experimentado y las palabras empleadas para

comunicarlo” (133); es decir, entre la historia y el lenguaje que la narra. A pesar de reconocer la existencia de un límite en la representación de la experiencia del pasado y de señalar explícitamente la imposibilidad de “seguir pensando la narrativa contemporánea [centroamericana] según el viejo modelo liberal, o según el modelo del arte comprometido y militante” (133), Villalobos-Ruminott, como Montiel y Cortez, sigue a mi parecer leyendo la narrativa de posguerra desde la guerra misma, es decir, como potencialmente entendible o descifrable desde los parámetros de la militancia, la historia reciente y el dolor generado, incluso si este entendimiento se fundamenta en la negación de estos parámetros. Si en la narrativa actual centroamericana se puede encontrar, como señala Villalobos-Ruminott, “de manera nítida la convergencia entre la desilusión con respecto a las promesas narrativas del telurismo mágico y las promesas emancipadoras del proyecto de la izquierda latinoamericana” (133), entonces se estaría hablando de una literatura que busca hacer el duelo de la historia, incluso si esa historia, dado el dolor radical que la habita, es irrepresentable. Creo más bien como discutiré en breve, que esta narrativa no busca pensar el presente como límite o devenir irrepresentable del pasado, sino como un intento de esbozar un futuro radicalmente incierto.

Misha Kokotovic pareciera argumentar algo similar en “After the Revolution: Central American Literature in the Age of Neoliberalism” al sugerir que la literatura de posguerra carece de compromisos políticos manifiestos, dado que su principal característica es lo que se puede llamar un doble desencanto originado tanto por los proyectos fallidos de la izquierda revolucionaria como por el neoliberalismo gobernante, ya sea de derecha o de izquierda. Kokotovic, sin embargo, se acerca más a lo que a mi parecer es el aspecto crítico y específico de cierta narrativa de posguerra al sostener que “it would be inaccurate to characterize these works as an apolitical retreat into the personal, for while they do not articulate an alternative to the neoliberal present, they nonetheless constitute a forceful critique of it from the perspective of that foundational figure of neoliberal theory: the sovereign individual” (24). Kokotovic sugiere en su análisis que la narrativa de posguerra se caracteriza por representar al sujeto como cualquier cosa menos soberano ya que la libertad de los personajes está severamente restringida por la violencia y la corrupción de las élites. En estas sociedades, argumenta Kokotovic, “it is virtually impossible even to know what is going on,

much less to freely act upon such knowledge” (24). Lo problemático en la interpretación de Kokotovic sobre la narrativa de posguerra es que en ella las guerras civiles funcionan al mismo tiempo como causa u origen y como explicación u horizonte de significación³.

A pesar de reconocer algunos rasgos que diferencian la literatura centroamericana de posguerra de la producida anteriormente, así como su dimensión irruptora, los críticos arriba mencionados parecieran seguir leyendo esta producción literaria desde los parámetros de la guerra misma, perdiendo así de vista los enormes cambios en la forma en que el poder, la relación soberana y el proceso de subjetivación han sido reconceptualizados y rearticulados en las últimas décadas en Centroamérica y otras regiones del mundo. No dudo que parte de esta literatura de posguerra pueda en efecto ser leída en clave de aflicción, desencanto y cinismo, como mencioné anteriormente. Sin embargo, me parece más enriquecedor, para entender nuestro presente y pensar un futuro otro, si se intenta pensar cómo la literatura de posguerra revela y cuestiona su propio presente, retomando de este modo la función crítica y cuestionadora del poder a la que Castellanos Moya hace referencia. Para ello es menester primero discutir en qué consiste la racionalidad neoliberal y los cambios que he mencionado.

Racionalidad neoliberal y vida desnuda (*bare life*)

Como Kokotovic acertadamente señala en su análisis, “the 1970s and 1980s saw the particular rise of a politically committed literature that self-consciously sought to contribute to the struggle against dictatorship and oppression” (21). En efecto, textos como *Los compañeros* de Marco Antonio Flores, *Un día en la vida* de Manlio Argueta o *El país bajo mi piel* de Gioconda Belli; la poesía de Otto René Castillo o Roque Dalton; y, por supuesto los testimonios de Rigoberta Menchú, Mario Payeras y Omar Cabezas, para mencionar algunos ejemplos paradigmáticos, son textos abiertamente pro-revolucionarios, aun si algunos de ellos lo son de manera crítica. En estos y muchos otros textos, el sujeto narrativo y los personajes principales son por lo general, y estoy necesariamente simplificando, (1) campesinos y/o indígenas pobres y marginados rebelándose contra la perturbación de su modo de vida o demandando su inclusión en la nación; o (2) letrados urbanos de clase

media que, de un modo u otro, adquieren conciencia social y deciden tomar partido por el subalterno y luchar en su nombre. En todo caso, los personajes y/o narradores de esta producción literaria y testimonial buscan, mediante el triunfo de una lucha revolucionaria delineada en términos político-ideológicos, no solo redimir a la patria sino a ellos mismos, lo que a su vez daría paso al nacimiento del hombre nuevo guevarista. Desde esta perspectiva, la estética del cinismo a la que Cortez apela en su análisis de la literatura de posguerra sería entonces aquella que lamenta la pérdida de la posibilidad de redención y salvación colectiva, pérdida que deviene en desencanto, aflicción y cinismo. De ahí, quizás, su insistencia en ver en el cínico un sujeto que se posiciona como *a priori* subalterno para lograr el reconocimiento necesario y así reconstruir el proyecto redentor y colectivo que nos salve a todos.

Pero otra lectura de la literatura centroamericana de posguerra es posible una vez que se abandonan las décadas de la guerra como horizonte de análisis y se centra la mirada en aquello que diferencia sustancialmente el presente del pasado reciente. Me refiero a lo que Wendy Brown, siguiendo a Koray Caliskan y Michel Callon, denomina la economización de todas las esferas de la vida a consecuencia del surgimiento y consolidación del neoliberalismo como la racionalidad hegemónica tanto en términos económicos como políticos. Según argumentan diversos críticos y analistas, la implementación de la racionalidad neoliberal en Latinoamérica—empezando por las medidas económicas tomadas por Pinochet y los Chicago Boys en Chile durante los años setenta hasta la serie de privatizaciones y la implementación de tratados de libre comercio en las últimas dos décadas—ha dado lugar a la fusión de la razón política y la razón económica⁴. Se podría incluso argumentar que más que una fusión se trata de la absoluta subordinación de todas las esferas de la vida, incluso la política y el proceso mismo de subjetivación, a la racionalidad neoliberal. Como señala Brown en *Undoing the Demos*,

Neoliberalism . . . is best understood not simply as economic policy, but as a governing rationality that disseminates market values and metrics to every sphere of life and construes the human itself as *homo oeconomicus*. Neoliberalism thus does not merely privatize—turn over to the market for individual production and consumption—what was formerly publicly supported and valued. Rather, it formulates everything, everywhere, in terms of capital investment and appreciation, including and especially humans themselves. (176)

La construcción del humano como *homo oeconomicus* y la economización de todas las esferas de la vida se sustenta en una serie de preceptos supuestamente éticos que construyen al sujeto como un individuo racional, autónomo, autosuficiente y soberano, cuya moralidad es medida acorde a su capacidad de satisfacer sus propias necesidades, deseos y ambiciones; es decir, acorde a su capacidad de cuidar de sí y sólo de sí mismo a través de su habilidad de competir en el mercado como productor, trabajador y/o consumidor. La internalización de estos supuestos principios éticos de la racionalidad neoliberal, sostiene Brown,

erases the discrepancy between economic and moral behavior by configuring morality entirely as a matter of rational deliberation about costs, benefits, and consequences. But in so doing, it carries responsibility for the self to new heights: the rationally calculating individual bears full responsibility for the consequences of his or her action no matter how severe the constraints on this action. (“Neoliberalism” 42)⁵

Así, la responsabilidad absoluta del sujeto por sus actos no solo hace irrelevantes otro tipo de explicaciones o análisis de carácter sistémico y/o histórico, sino también hace innecesarios, e incluso amorales, ciertos aspectos de la biopolítica, esos que se tienden a asociar con el concepto del estado de bienestar y que buscan, o buscaban, garantizarle a todos la posibilidad de vivir una vida digna.

Como es sabido, Michel Foucault argumenta en *Society Must Be Defended* que el poder soberano, el derecho sobre la vida y la muerte, evolucionó durante los últimos tres siglos en un poder disciplinario centrado en el cuerpo, lo que llama “the right to take life or let live”, y en un poder regulatorio o biopolítico preocupado más por la reproducción, el manejo y control de la población y de la vida misma, lo que Foucault conceptualiza como “the right to make live and let die” (241). En términos biopolíticos, entonces, el soberano ya no es el que decide directamente sobre la muerte del sujeto sino, más bien, el que decide si éste es desechable y, por lo tanto, puede morir sin que el soberano asuma ningún tipo de responsabilidad política o pueda ser cuestionado éticamente, pues es el sujeto mismo el único y absoluto responsable de su propio infortunio⁶. Es a esta conceptualización del poder soberano como un dejar morir (*let die*) a la que se refiere Giorgio Agamben en su análisis y reelaboración de los conceptos de biopolítica y biopoder introducidos por Foucault. Para Agamben, la relación soberana es aquella que crea vida desnuda, es decir, vida situada “in a continuous

relationship with the power that banished him precisely insofar as he is at every instant exposed to an unconditional threat of death" (*Homo Sacer* 183). Partiendo de las apreciaciones de Foucault y Agamben, es posible entonces concluir que, hoy por hoy, son precisamente la racionalidad neoliberal y la lógica del mercado las que hacen vivir (*make live*) y, especialmente, dejan morir (*let die*); es decir, las que exponen al sujeto a una amenaza incondicional de muerte. Es a este ser expuesto a la muerte al que Brown se refiere cuando señala que

[e]ven as we are tasked with being responsible for ourselves in a competitive world of other human capitals, insofar as we are human capital *for* firms or states concerned with their own competitive positioning, we have no guarantee of security, protection, or even survival. A subject construed and constructed as human capital . . . is at persistent risk of failure, redundancy and abandonment through no doing of its own, regardless of how savvy and responsible it is. As a matter of political and moral meaning, human capitals do not have the standing of Kantian individuals, ends in themselves, intrinsically valuable As human capital, the subject is at once in charge of itself, responsible for itself, yet an instrumentalizable and potentially dispensable element of the whole. (*Undoing* 37–38)

En efecto, dadas las consecuencias mayormente devastadoras de la racionalidad neoliberal en todos los países en los que ha sido introducida, incluidos los países centroamericanos, el sujeto neoliberal pareciera estar viviendo en una casi permanente y generalizada relación de excepción; es decir, viviendo bajo la constante amenaza de ser excluido del ciclo de producción, intercambio y consumo que lo hace sujeto y, por ende, nunca muy seguro de cuándo será desposeído, desechado y dado a la muerte⁷. En este sentido, el desplazamiento del locus del poder y la relación soberana de lo político a lo económico conlleva la usurpación de la esfera biopolítica a manos de la racionalidad neoliberal, así como la consecuente y permanente manufactura de vida desnuda⁸.

En este contexto, el uso de subjetividades como las del nómada, el desempleado y el suicida es no solo sintomático del cambio en el locus de la soberanía y la forma en que esta se articula, sino también políticamente crítico de la misma. Si bien su origen puede ser la aflicción o el desencanto, no se puede realmente hablar aquí de subjetividades cínicas o subalternas en busca de reconocimiento, pues el cínico es siempre un aliado del poder, y el subalterno—para ser reconocido

como tal—necesita primero ser anente a la relación soberana dentro de la cual ese reconocimiento es posible. Como se verá a continuación, las subjetividades antes mencionadas, más que buscar reconocimiento dentro de la relación soberana misma, revelan, cuestionan y resisten precisamente la racionalidad neoliberal y su manufactura de vida desnuda al intentar situarse más allá del alcance del mercado y el proceso de subjetivación centrado en la competencia, la producción, el intercambio y el consumo.

El baile del desempleado

Como señala Beatriz Cortez en *Estética del cinismo*, la novela *Baile con serpientes*, de Horacio Castellanos Moya, ilustra la incompetencia de los gobernantes, el abuso de poder, la corrupción de las élites, la parcialidad o franca ineptitud de los medios de comunicación masiva y la desigualdad social (243). Más aún, la novela proporciona también “un espacio para la deconstrucción de las jerarquías de poder y la identidad nacional” (243). La novela es, sin lugar a dudas, un ejemplo de cómo la ficción puede ser crítica del orden imperante en la sociedad, según concluye Cortez. Pero no, o al menos no únicamente, por las razones que ella sugiere. Eduardo Sosa, el narrador-protagonista de la novela, es un desempleado, es decir, un sujeto marginalizado del ciclo de producción, intercambio y consumo. Pero como el mismo Sosa lo reconoce, es precisamente su condición de desempleado lo que le permite disponer de su tiempo y perseguir sus propios intereses: “Yo era el vecino ideal para fisgonear. . . . Desempleado, sin posibilidades reales de conseguir un trabajo decente en estos nuevos tiempos” (10). Es, también, la posibilidad de regirse por una racionalidad diferente a la del neoliberalismo la que le permite al narrador investigar el misterioso Chevrolet amarillo estacionado cerca del complejo de apartamento en el que vive a expensas de su hermana Adriana y su esposo Damián. Y es esta misma posibilidad la que de igual forma le permite seguir y espiar a Jacinto Bustillos (el dueño del Chevrolet), apropiarse de su carro y sus serpientes, y, finalmente, desatar el caos en la ciudad mediante los diversos ataques de las serpientes a los símbolos del poder (entre ellos, un centro comercial y una familia de influyentes banqueros), y la obstaculización de la libre circulación de personas, vehículos y mercancía.

Es, en suma, el desempleo asumido de Sosa, el lograrse desprender de la racionalidad neoliberal y su proceso de subjetivación, lo que le permite poner en jaque dicha racionalidad.

Para Cortez, Eduardo Sosa representa el centro de la relación binaria existente en la sociedad salvadoreña entre los incluidos (el centro) y los excluidos (la periferia), grupo al cual pertenece al menos parcialmente el mendigo Jacinto Bustillo. Cortez sostiene que Sosa se mueve durante la novela desde su posición en el centro—posición que no representa el centro del poder en sí sino el del “ámbito de lo culturalmente inteligible” (*Estética* 246)—a una posición marginal. Sosa, sin embargo, pareciera no estar interesado en desplazarse dentro de la relación binaria centro-margen sino más bien en negarla, es decir, en rechazar la articulación misma de esta relación, cuyos términos, en el argumento de Cortez, se pueden asociar con lo letrado (centro) y lo subalterno (periferia). Por un lado, el estar desempleado por voluntad propia le permite a Sosa abstraerse del supuesto centro que Cortez le asigna en la relación binaria centro-margen; asimismo, su propio y asumido desempleo le permite no tener que regirse por la lógica del mercado y, por ende, poderse situar más allá de la misma y así disponer de sus días acorde a otra racionalidad. Por el otro lado, Sosa en ningún momento busca la solidaridad o reconocimiento del subalterno, aún si los actos que cometen las serpientes bajo su mando hacen de él una especie de héroe popular entre la población marginada y subalterna que ve en él un redentor de los pobres. Esta actitud es sumamente clara cuando un bebedor callejero le dice a Sosa: “si usted fuera el tipo que ha puesto de culo a estos ricos y a este gobierno de mierda, aquí mismo me lo echaría en hombros” (186). Sosa, en vez de asumir en ese momento el reconocimiento del subalterno que Cortez señala como componente esencial de la estética del cinismo en la que los personajes “desean por sobre todas las cosas obtener reconocimiento social” (261), opta más bien por seguir su camino sin revelar que él es precisamente el causante del pandemónium que se vive en la ciudad.

Se podría entonces sugerir que, contrario a lo que propone Cortez, la libertad que Sosa busca no gira en torno al reconocimiento social o al posicionamiento a priori como subalterno. Hacia el final de la novela, por ejemplo, el narrador-protagonista jamás piensa en entregarse al verse rodeado por la policía, lo que de cierta forma le daría el

reconocimiento que supuestamente busca. Por el contrario, al lograr escapar del cerco policial regresa anónimamente a la casa de su hermana sin la más mínima intención de contarle nada a nadie: “Adriana saltó del sofá, llorando, a abrazarme, y me atosigó de preguntas: qué me había pasado, dónde había estado, cómo me había puesto en una estado tan lamentable. Damián expresó también su satisfacción por el retorno. Les dije que necesitaba tomar una ducha, rasurarme y ponerme ropa limpia antes de contarles. Y me metí al baño” (192). Dado que Sosa se regocija con el hecho de que las autoridades y la población en general creen que fue Jacinto Bustillos el causante del caos y los asesinatos, se puede suponer que no les contará nada relacionado con las serpientes sino que inventará alguna explicación sobre su ausencia de tres días.

Así visto, Sosa en ningún momento se conceptualiza o construye a sí mismo como a priori subalterno; más aún, su motivación no es el reconocimiento. Es, más bien, su condición de desempleado y, por ende, de exclusión respecto al poder soberano que lo margina, lo desplaza y le niega ser reconocido como sujeto lo que le permite a Sosa amenazar y mostrar las contradicciones de ese mismo poder. De esta forma, la novela muestra el cambio en el locus del poder y la relación soberana de diferentes maneras, la más clara siendo el hecho de que en la novela el Estado salvadoreño finalmente reacciona en el momento en que las serpientes asesinan a los Ferracuti, miembros de una influyente familia de banqueros locales. Cortez reconoce que estos asesinatos “tienen mucho más peso que las muertes de más de cien otros individuos que desafortunadamente carecen de conexiones en los altos círculos de poder” (245). Sin embargo, no pareciera poner mucho énfasis en el hecho de que esta familia de banqueros no solo está bien conectada con los altos círculos de poder sino que son ellos mismos el nuevo poder soberano. Y es precisamente este nuevo poder soberano, la racionalidad neoliberal que ha hecho de él un no-sujeto, aquello que lo ha expuesto a una constante amenaza de muerte, amenaza que Sosa torna, desde ese espacio más allá del mercado, en contra del mismo poder que lo convierte en vida desnuda. Si Sosa revela, resiste y cuestiona la racionalidad neoliberal y la relación soberana desde su condición de desempleado, el narrador de *Trece*, la novela de Rafael Menjívar Ochoa, opta por una alternativa quizás más radical: el suicidio.

Las dudas del suicida

En *Trece*, la novela del escritor salvadoreño Rafael Menjívar Ochoa, el protagonista narra el proceso mediante el cual va acercándose al plazo que ha fijado para su propia muerte. Para Cortez, la muerte del protagonista “bien puede ser la muerte metafórica del sujeto: la destrucción de su cuerpo”, ya que éste “se concibe a sí mismo como un prisionero dentro de su propio cuerpo . . . [y] el suicidio no como su propio final, sino como un medio para su inauguración como sujeto, como un requisito para su liberación y su existencia” (195, 202–03). Cortez asimismo sugiere que el suicidio del narrador-protagonista es el resultado de un proceso de autovigilancia, ya que al intentar producir un texto literario relevante duda permanentemente sobre las opiniones del lector y la posibilidad de que éste realmente logre comprender en toda su dimensión el texto que intenta escribir. La duda y la autovigilancia, concluye Cortez, llevan al narrador “al extremo de verse en la necesidad de autodestruirse para poder producir un texto que verdaderamente valga la pena desde lo que él considera la perspectiva del lector” (204). Es esta búsqueda de reconocimiento la que Cortez asocia en su argumento con la estética del cinismo que propone en su análisis. Desde dicha perspectiva, es en suma la imposibilidad de lograr reconocimiento en vida lo que lleva al narrador al suicidio.

Para Cortez, la novela de Menjívar Ochoa es expresión del proceso de autovigilancia que Foucault asocia con el concepto del panóptico; es decir, el proceso que lleva al preso (o el narrador, en este caso) a internalizar los mecanismos de vigilancia y reproducirlos por cuenta propia. Cortez, sin embargo, no elabora la relación entre vigilancia y reconocimiento, limitándose simplemente a señalar que el autocuestionamiento del narrador es comparable a la autovigilancia del preso en Foucault. En este sentido, el supuesto lector del texto que el narrador escribe se convertiría en el guardia que observa desde la torre central del panóptico para así asegurarse de que el narrador cumpla con todas las normas establecidas y, consecuentemente, pueda acceder a la esfera del reconocimiento.

Cabe preguntarse, sin embargo, si el reconocimiento del lector construye al narrador de la misma forma que la vigilancia del guardia construye al preso, o si lo que intenta lograr el narrador es, más bien,

abandonar e incluso negar la relación narrador-lector en la que este último, en su calidad de consumidor, asume una posición soberana. Visto desde esta perspectiva, la destrucción del cuerpo del narrador en efecto implica, como señala Cortez, la muerte metafórica del sujeto; pero quizás no en el sentido que Cortez le atribuye, es decir, como ejemplo del proyecto fallido de la estética del cinismo, ya que el narrador logra ser reconocido únicamente en el momento de su destrucción como sujeto. El suicidio del narrador pareciera sugerir, más bien, la necesidad de romper radicalmente con la racionalidad neoliberal y su proceso de subjetivación dado que su muerte implica necesariamente el fin de su ser-para-el-mercado, del *homo oeconomicus*. Así, el suicidio del narrador puede ser conceptualizado como un intento extremo de recuperar su cuerpo, el mismo que, bajo los dictámenes de la racionalidad neoliberal, sólo puede ser cuerpo en cuanto compite, produce, intercambia y consume en el mercado. En este sentido, el suicidio del narrador quizás sea sintomático de la imposibilidad de acceder a la esfera del lenguaje y lo simbólico en el marco de una relación soberana donde, en palabras de Brown, “the normative reign of *homo oeconomicus* in every sphere means that there are no motivations, drives, or aspirations apart from economic ones, that there is nothing to being human apart from ‘mere life’” (*Undoing* 44).

En la novela, es justamente la imposibilidad de acceder a una vida significativa, a una vida que no sea una simple vida en términos aristotélicos, lo que lleva al narrador a plantearse la posibilidad de suicidarse. Este malestar para con su vida, si bien perceptible subyacentemente durante toda la novela, es finalmente articulado explícitamente por el narrador hacia el final de la misma cuando señala: “confundí los términos desde un principio: necesitaba un motivo, y a falta de él fijé un plazo. El plazo es el motivo. El plazo es el objetivo. El plazo es el fin. Objetivos: trabajar para ganar dinero que permita seguir trabajando y ganando más dinero que servirá para trabajar” (Menjívar 185). El narrador no solo señala el carácter tautológico y absurdo de la racionalidad neoliberal, sino que actúa bajo sus preceptos y, dada la imposibilidad de encontrar motivaciones significativas, el plazo mismo que se ha asignado—y que bien puede ser relacionado a los plazos, tiempos específicos, metas y fechas de vencimiento u obsolescencia programada que rigen el mercado y la vida diaria del sujeto neoliberal—adquiere significado

por sí mismo al convertirse tanto en origen como en fin de su accionar, tal y como sucede con la relación entre trabajar y ganar dinero que el narrador hace evidente.

Visto así, el suicidio del narrador quizás sea el mecanismo radical mediante el cual logra reconocer la necesidad de abandonar la racionalidad que lo ha construido y reclamar su cuerpo para sí mismo al elegir conscientemente al menos el momento de su propia muerte. Como señala el propio Foucault en *Society Must Be Defended*, con la aparición de la biopolítica y su poder regulatorio, “[d]eath is outside the power relationship. Death is beyond the reach of power . . . death now becomes . . . the moment when the individual escapes all power, falls back on himself and retreats, so as to speak, into his own privacy” (248). Desde esta perspectiva, el suicidio del narrador de *Trece* no es un gesto agónico por lograr el reconocimiento del soberano, sino consecuencia directa de su renuncia radical a ser parte de una relación que lo constriñe a actuar como *homo oeconomicus* y vivir una simple vida. Desde la perspectiva de la racionalidad neoliberal, la economización de todas las esferas de la vida y la supremacía de la responsabilidad individual, el suicidio del narrador se convierte en un acto amoral y político que subvierte la relación soberana al negarse a competir y ser partícipe del ciclo de producción, intercambio y consumo. Esta resistencia a tener que actuar y comportarse acorde a los dictámenes prácticos y morales de la racionalidad neoliberal es también lo que motiva la actitud crítica del narrador en las novelas de Javier Payeras.

El cansancio del nómada

“No hay que creer, basta con salir a caminar” (35), dice el narrador de *Días amarillos* (2009), una novela corta del escritor guatemalteco Javier Payeras. El narrador está subempleado en un diario amarillista como redactor de noticias sobre los aspectos más abyectos de la sociedad guatemalteca, situación que lo hace convivir con los marginales y remanentes de la sociedad a través de su constante caminar por la ciudad: “Caminar es mi mejor vicio. Andar, meterme en los ambientes más sórdidos. Me gusta salir a deambular por las noches. Marejadas de travestís, putas, pedófilos y drogadictos que parecieran no tener lugar en cualquier sector civilizado” (51). Es su divagar por la ciudad

sin rumbo o destino aparente, su nomadismo urbano, lo que le da al narrador la posibilidad de reflexionar críticamente sobre la ciudad y la sociedad en las que vive señalando los aspectos más sórdidos del sistema político-económico en el que se desenvuelve. Más aún, es sistema lo obliga a dejar a un lado sus intereses e inclinaciones literarias y subsistir entregado a un trabajo precario y mal remunerado que lo construye como vida desnuda, siempre a un paso de ser completamente relegado a la total marginalidad de la que, irónicamente, depende su sustento diario como redactor de notas rojas.

Si bien independientes entre sí, es posible pensar en *Días amarillos* como la segunda parte de lo que se puede conceptualizar como una trilogía que gira en torno al desempleo, la precariedad laboral y el nomadismo urbano sin fin aparente. Si en *Días amarillos* la preocupación central es el presente, en *Ruido de fondo* (2003) aún es el pasado reciente de la guerra interna, aunque no como horizonte de significación sino como lastre que impide el acceso a un futuro otro. El narrador de la novela, un desempleado pasando por la “crisis de los 30”, se describe a sí mismo como alguien que no tiene “la obligación de extrañar ni querer a nadie” (14), aunque reclama que “la sociedad tiene la obligación de respetarme” por ser “un hombre digno que busca trabajo” (59). En el transcurso de la novela, sin embargo, la búsqueda de trabajo es sabotada por el mismo narrador, pues es su divagar por la ciudad y su encuentro con lo más abyecto de la misma, tal como sucede en *Días amarillos*, lo que asume relevancia en el relato. El narrador hace constante referencia a episodios violentos y despótica continuamente contra diversos elementos o características de la ciudad y el país que habita (Guatemala), entre estos: la universidad, los habitantes de la ciudad, los símbolos culturales como la marimba y el sistema político mismo. Incluso la reciente guerra es para el narrador “únicamente ruido de fondo . . . una época atropellada por otra” de la que “sólo tengo un vago recuerdo . . . imágenes yuxtapuestas y vagas, no valen la pena” (65, 64). Y este sentir—sugiere el narrador en un comentario que apunta al centro mismo de mi argumento—es generalizado, puesto que “en la universidad no se hablaba de guerra, se hablaba de libre mercado” (22). El ruido de fondo, la historia reciente misma, es conceptualizada en la novela como ese algo que dificulta la comunicación, imposibilita la acción e impide el arribo de un futuro otro. Lo significativo de la novela, para lo que aquí me interesa, es que el narrador accede al lenguaje, a la

resimbolización crítica del presente y del pasado, a través de su condición de desempleado, la cual le permite caminar continuamente por la ciudad sin razón ni objetivo aparente.

Es finalmente en *Limbo* (2011), la tercera parte de esta trilogía sobre el desempleo, la precariedad laboral y el nomadismo, donde el rechazo del narrador hacia el sistema y la racionalidad que lo sustenta encuentra su máxima expresión. Narrada durante el transcurso de un día, el de las elecciones generales en Guatemala, la novela revela, mediante el constante caminar del narrador, la absoluta alienación de una ciudad y un sistema político-económico que pareciera ser siempre-ya ajeno. El narrador, sin embargo, trabaja corrigiendo textos publicitarios pero, como señala al principio de la novela, “no quier[e] hablar de eso” (10). Al igual que en *Días amarillos*, el trabajo precario que el narrador cumple, y la poca importancia que le da, le permiten realizar las actividades que realmente valora: leer, caminar arbitrariamente por la ciudad y resignificar su presente a través de la crítica de su entorno. Es por ello, también, que el narrador se niega a participar de la farsa de las elecciones, pues afirma que no ha representado ni representará cambio alguno. Sin embargo, camina constantemente por la ciudad el día de las elecciones intentando acceder, como en las novelas anteriores, a otro tipo de racionalidad que explique el presente o al menos le dé sentido más allá de “toda la parafernalia politiquera y demagógica que nos ha invadido de cancioncitas” (15).

La actitud de los narradores en estas novelas puede en efecto ser leída en clave de desencanto, aflicción y cinismo, siempre y cuando se asuma que estos reaccionan al pasado de la guerra, como ya señalé. Pero si se lee desde el presente, desde la economización de todas las esferas de la vida, lo que resalta en esta trilogía es la progresiva despreocupación del narrador por acceder a un trabajo que le permita competir y participar en el ciclo de producción, intercambio y consumo. Si en *Ruido de fondo* la búsqueda de un trabajo es de cierta forma la motivación que tiene el narrador y en *Días amarillos* su precariedad laboral lo posiciona en el ámbito de la vida desnuda, es en *Limbo* donde la racionalidad neoliberal es manifiestamente puesta en entredicho: “Una persona decente trabaja ocho horas, marca su tarjeta de entrada y de salida, observa la conducta decorosa, pierde iniciativa y aumenta libras. Así, el ideal del trabajo estable es aquel donde se nos permite ser invisibles Todo lo demás es mantener el culo pegado a la silla hasta que el

reloj marque la salida” (22). Asimismo, el narrador arremete contra la moralidad impuesta por la racionalidad neoliberal, lo que llama “la conducta decorosa”:

Una conducta decorosa se obtiene con años y años de hipocresía. Emborracharse mucho, pero no muy seguido Tener dinero para solventar los regalos de navidad, cumpleaños, aniversarios, quince años y demás Estar en casa viendo televisión hasta el hartazgo Amar la música que todo el mundo ama. Evitar leer libros que no sean meros manuales de mercadeo Tener amores imposibles, sueños imposibles y deseos imposibles. (22)

Es a esta “conducta decorosa” que apela a la competencia y el consumo y hace que uno siempre recuerde “la experiencia fusionada con la ficción comercial de un anuncio o de una vitrina iluminada” a la que el narrador denomina cínica (26). Una realidad donde “no hay significado. Sólo queda el cinismo. La premisa del sueño es el cinismo”; una realidad en la que “ya no es posible mantener a salvo el inconsciente, eso ya está colonizado por vallas panorámicas y publicidad mediocre. Sólo queda moverse como zombi de un lugar a otro” (27). Contrario a la opinión de Cortez, lo cínico en las novelas de Payeras no es el narrador en sí, sino la racionalidad neoliberal misma que, por un lado, ofrece la ilusión de libertad en y a través de la participación en el mercado, y, por el otro, construye y legitima al sujeto desde y a través de su habilidad y voluntad de conducirse a sí mismo acorde a la “conducta decorosa” que le impone.

En las tres novelas de Payeras es justamente el nomadismo del narrador, su perpetuo movimiento por la ciudad sin fin aparente, lo que se opone al utilitarismo y la maximización de recursos de la racionalidad neoliberal. Este nomadismo también le permite acceder tanto al pensamiento crítico y la posibilidad de resignificar la realidad, como a la construcción de una subjetividad no regida por la lógica de la competencia, el trabajo y el consumo. Lo que el narrador busca, en suma, es una vida que permita, en palabras de Wendy Brown, “the cultivation and expression of distinctly human capacities for ethical and political freedom, creativity, unbounded reflection, or invention” (*Undoing* 43). En esto consiste el cansancio del nómada: su cansancio no es consecuencia de su caminar por la ciudad; es, más bien, resultado de la dificultad de acceder bajo la hegemonía de la racionalidad neoliberal a una vida que no se limite a la búsqueda del sustento y la satisfacción de las necesidades biológicas.

* * *

Sin la confianza pasada en proyectos utópicos o programas establecidos de antemano, el intelectual-escritor contemporáneo en Centroamérica pareciera estar más interesado en pensar y explorar el presente que en hacer el duelo del pasado y la historia reciente. Más aún, en las novelas que he discutido, y en muchas otras escritas en la última década y media, no hay ya fidelidad o al menos esperanza en un proyecto liberador, emancipatorio, insurgente o revolucionario; tampoco una conciencia de clase que deba ser expresada en el texto. Esto, sin embargo, no implica que los textos sean apolíticos o posideológicos ya que revelan y resisten lo que hoy por hoy determina lo político, es decir, la racionalidad neoliberal, su cooptación de la esfera biopolítica y la consecuente manufactura de vida desnuda.

En efecto, en esta literatura de posguerra quizás no haya política si esta se entiende de manera reducida como la captura del poder, la aplicación de un programa determinado *a priori* o el manejo de la cosa pública. Pero si se reconceptualiza la política como el espacio (abstracto, discursivo y público) donde se construye, articula y organiza la vida en común, la narrativa contemporánea centroamericana quizás sea hoy más urgentemente política que nunca. Si los textos literarios producidos durante las décadas revolucionarias respondían en gran parte a la exclusión y represión político-ideológica, en la narrativa centroamericana de posguerra las subjetividades aquí analizadas (nómadas, desempleados y suicidas) revelan, resisten e incluso escapan de una nueva articulación de la relación soberana, esta vez subsumida en la racionalidad neoliberal y la economización de todas las esferas de la vida.

Es posible hablar, entonces, de una literatura que, más que ser apolítica y/o cínica, ha entendido que el locus del poder ya no es el que era y, consecuentemente, intenta representarlo, pensarlo y reflexionar sobre el mismo, no desde los parámetros político-ideológicos de las décadas revolucionarias, sino desde la articulación y configuración del presente y su futuro. Lo que subjetividades tales como el nómada, el desempleado y el suicida nos invitan a pensar en última instancia es la posibilidad e incluso necesidad de organizar la vida en común más allá de la racionalidad neoliberal y el *homo oeconomicus*; un más allá que quizás podría tomar como punto de partida no la superioridad ontológica del individuo sino, más bien, nuestra capacidad y deseo de cuidar

y ser cuidados por otros. Visto desde la perspectiva que he propuesto en este ensayo, el escritor-intelectual centroamericano contemporáneo pareciera entonces haber ya dejado atrás la militancia, incluso la de tipo melancólico, y retomado la función crítica y cuestionadora del poder que Castellanos Moya discute en su ensayo.

REED COLLEGE

NOTAS

¹ Se podría añadir a estas subjetividades la del animal, el viejo y el loco por razones similares. Para una análisis de cómo la locura revela, cuestiona y resiste la racionalidad neoliberal y el cambio en el locus del poder soberano, ver Christian Kroll-Bryce, “A Reasonable Senselessness: Madness, Sovereignty and Neoliberal Reason in Horacio Castellanos Moya’s *Insensatez*” (*Journal of Latin American Cultural Studies* 23.4, 381–99).

² No es este el lugar para una discusión detallada del concepto de cinismo. Bastará señalar que, como indica Peter Sloterdijk en su *Crítica de la razón cínica*, el cínico moderno se percibe a sí mismo como poseedor de un saber privilegiado sobre lo real sustentado en un absoluto desprecio por las ideologías, en especial las políticas, y la instrumentalización de la razón, mismas que le permiten justificar cualquier medio que sea necesario para lograr un fin determinado. En este sentido, el cínico moderno es en última instancia complaciente con el poder, pues utiliza su supuesta posición de saber privilegiado para producir, mantener y reproducir relaciones de dominación de las cuales se beneficia. Es por ello que, contrario a lo que Cortez sugiere, el cínico moderno no puede presentarse a sí mismo como *a priori* subalterno y en busca del reconocimiento, pues es él y el sistema del que se beneficia lo que lo legitiman y reconocen. Para una certera crítica del uso que le da Beatriz Cortez al concepto de cinismo, ver Alberto Moreiras, “The Question of Cynicism”.

³ Kokotovic, por ejemplo, encuentra en la criminalidad el tema común de las novelas de posguerra, pero esta violencia criminal es para él no más que una reformulación de la violencia de las guerras.

⁴ Ver, por ejemplo, Klein, *The Shock Doctrine*.

⁵ Es este cambio en el modo en que se conceptualiza y articula la relación soberana lo que Jon Beasley-Murray describe, en su discusión sobre la dictadura chilena y la implementación de políticas neoliberales, como un cambio “from a dependence on ideology to a postideological integration of atomized individuals into the marketplace” (278). En este sentido, el concepto mismo de poshegemonía que articula Beasley-Murray quizás no sea más que el proceso de desplazamiento del locus del poder y la relación

soberana a la que me estoy refiriendo, así como las prácticas y discursos que lo resisten, cuestionan y critican.

⁶ Cabe recordar en este contexto lo que señala Foucault en relación al concepto de muerte: “When I say ‘killing,’ I obviously do not mean simply murder as such, but also every form of indirect murder: the fact of exposing someone to death, increasing the risk of death for some people” (*Society* 256).

⁷ Para un análisis de las consecuencias devastadoras y la violencia implícita en la implementación de la racionalidad neoliberal en diversas parte del mundo, ver Klein, *The Shock Doctrine*.

⁸ En el caso centroamericano, el desplazamiento del locus del poder y la relación soberana de lo político a lo económico fue facilitado en gran parte por la lógica contrainsurgente. Como argumenta William Robinson en *Transnational Conflicts*, “[t]he manifest function of the counterinsurgency was suppression of the revolutionary challenge and the Indian insurrection. But its latent function was the application of state terrorism to modify socioeconomic structures . . . State terrorism became the instrument of capitalist globalization . . . conforming ‘national’ structures to emerging global structures” (107). Esta modificación de las estructuras socioeconómicas tenía como objetivo integrar la economía centroamericana a la economía global. En este contexto, la transición democrática pactada desde las élites y la comunidad internacional fue el necesario siguiente paso para asegurar el respaldo estatal a la emergente racionalidad neoliberal. De este modo, como señala Robinson, “counterinsurgency dovetailed with the neo-liberal opening to the global economy” (107).

OBRAS CITADAS

- Agamben, Giorgio. *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*. Trad. Daniel Heller-Roazen. Stanford: Stanford UP, 1998. Impreso.
- Beasley-Murray, Jon. *Posthegemony. Political Theory and Latin America*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2010. Impreso.
- Brown, Wendy. “Neoliberalism and the End of Liberal Democracy”. *Edgework: Critical Essays on Knowledge and Politics*. New Jersey: Princeton UP, 2009. 37–59. Impreso.
- . *Undoing the Demos: Neoliberalism’s Stealth Revolution*. New York: Zone Books, 2015. Impreso.
- Castellanos Moya, Horacio. *Baile con serpientes*. México: Tusquets, 2002 (1996). Impreso.
- . *Recuento de incertidumbres: Cultura y transición en El Salvador*. San Salvador: Ediciones Tendencias, 1993. Impreso.
- Cortez, Beatriz. *Estética del Cinismo: Pasión y dessencanto en la literatura centroamericana de posguerra*. Guatemala: F&G Editores, 2010. Impreso.

- Foucault, Michel. “*Society Must Be Defended*”. *Lectures at the College de France, 1975-1976*. Ed. Mauro Bertani & Alessandro Fontana. Trad. David Macey. New York: Picador, 2003. Impreso.
- Klein, Naomi. *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*. New York: Metropolitan Books, 2007. Impreso.
- Kokotovic, Misha. “After the Revolution: Central American Literature in the Age of Neoliberalism”. *A Contracorriente* 1.1 (2003): 19–50. NC State University. Web. 21 oct. 2016.
- Menjívar Ochoa, Rafael. *Trece*. 2^{da} ed. Guatemala: F&G Editores, 2008. Impreso.
- Montiel, Edgar. “Apuesta por las nuevas escrituras de Guatemala”. *El futuro empezó ayer: apuesta por las nuevas escrituras de Guatemala*. Guatemala: Catafixia Editorial y UNESCO Guatemala, 2012. 8–14. Impreso.
- Moreiras, Alberto. “The Question of Cynicism: A Reading of Horacio Castellanos Moya’s *La diáspora* (1989)”. *Nonsite.org*. 13 oct. 2014. Web. 21 oct. 2016.
- Payeras, Javier. *Días amarillos*. Guatemala: Magna Terra Editores, 2009. Impreso.
- . *Limbo*. Guatemala: Magna Terra Editores, 2011. Impreso.
- . *Ruido de fondo*. Guatemala: Piedra Santa, 2006. Impreso.
- Robinson, William I. *Transnational Conflicts: Central America, Social Change, and Globalization*. London: Verso, 2003. Impreso.
- Villalobos-Ruminott, Sergio. “Literatura y destrucción: Aproximación a la narrativa centroamericana actual”. *Revista Iberoamericana* 79.242 (Enero-Marzo 2013), 131–48. Impreso.

Keywords: Central American literature, neoliberalism, sovereignty, Horacio Castellanos Moya, Rafael Menjívar Ochoa, Javier Payeras.

Palabras clave: literatura centroamericana, neoliberalismo, soberanía, Horacio Castellanos Moya, Rafael Menjívar Ochoa, Javier Payeras.

Fecha de recepción: 7 julio 2015

Fecha de aceptación: 9 febrero 2016